

LAS TRÁGICAS DÉCADAS DE 1860/1870

La década de 1860 fue tal vez la más trágica en la historia brasilera decimonónica. La Guerra del Paraguay, que enfrentó a ese país con la Triple Alianza (Brasil, Argentina y Uruguay) entre diciembre de 1864 y marzo de 1870, fue el más sangriento conflicto armado internacional ocurrido en Suramérica. Duró más de cinco años, con una enorme pérdida de vidas humanas. De los 150 mil brasileños enviados al *front*, 50 mil no regresaron. Paraguay perdió cerca de 300 mil personas entre civiles y militares en consecuencia de los combates, epidemias y hambre. La derrota fue un vuelco decisivo en la historia del Paraguay, transformándolo en unos de los países más atrasados de Suramérica, debido al decrecimiento poblacional, ocupación militar por casi diez años y la pérdida de casi el 40% de su territorio en favor de Brasil y Argentina.

La guerra fue también desastrosa para el Brasil, que tuvo que hacer frente a encargos y deudas altísimas subsanadas con préstamos extranjeros, lo que aumentó en mucho nuestra dependencia con relación a las grandes potencias de la época, principalmente con Inglaterra. Sin embargo, el conflicto provocó la modernización y el fortalecimiento del ejército brasileiro: como la mayor parte de sus oficiales comandantes provenía de la clase media urbana y los soldados fueron reclutados entre la población pobre y los esclavos, el ejército brasileiro se convirtió en una fuerza importante de apoyo para los movimientos republicanos y abolicionistas que llevarían al fin del régimen monárquico.

El periodo iniciado en 1870 hasta la crisis mundial de 1930 se encaja perfectamente con el lema *Orden y Progreso* que figura en el centro de la bandera del Brasil. Fueron años caracterizados por un rápido crecimiento económico que realizó importantes transformaciones estructurales como demuestran los principales indicadores macroeconómicos de ese periodo. Fueron las grandes transferencias de capital monetario y humano provenientes del extranjero las responsables por los cambios en la sociedad colonial brasilera.

La inmigración masiva de europeos convertiría la sociedad brasilera en esa mezcla de pueblos, ese *melting pot* que es actualmente y que constituyó el principal impulsor del crecimiento demográfico, principalmente en los grandes estados del sur como São Paulo y Rio Grande do Sul que expandían su frontera agrícola.

Tras la abolición de la esclavitud el 13 de mayo de 1888, hubo necesidad de incorporar mano de obra asalariada a numerosas empresas productivas, especialmente en el sector del café. En la década de 1870 llegaron casi 200.000 inmigrantes, en la siguiente más de 500.000, y en la de 1890 se pasó del millón; italianos y españoles en su mayor parte.

Una de las consecuencias de la inmigración fue la modificación registrada en la distribución étnica de la población brasilera, con un aumento relativo en el número de blancos y un retroceso en la población de negros e indios. Posteriormente, las llegadas conocieron altibajos, de acuerdo a la coyuntura interna e internacional. Después de la crisis de 1929 y ante el estancamiento económico en los principales centros urbanos y en la industria del café, se tomaron una serie de importantes medidas con el fin de limitar la inmigración. De cualquier forma, es posible estimar en 2,2 millones de almas la inmigración neta entre 1872 y 1930. La apertura del país a la inmigración europea y el desarrollo del sector exportador de café, principalmente, fueron factores decisivos para el crecimiento económico.

En 1889 ya se habían construido más de 8.000 kilómetros de vías férreas. Tanto Europa como los Estados Unidos, en pleno proceso de industrialización, demandaban cantidades crecientes de alimentos y materias primas. Entre 1870 y 1930 se produjo el apogeo del sector primario exportador en Brasil y entre la década 1870 y la de 1920 las exportaciones crecieron a una tasa anual del 1,6 por ciento. Durante la décadas de 1850, 1860 y 1870 se sentaron las bases para la gran transformación socioeconómica de los años siguientes.

El crecimiento de la demanda interna y la apertura de las primeras fábricas favorecieron el inicio de la industrialización

del país. El sector financiero se expandió gracias a la creación de nuevos bancos. En 1851, el Barón de Mauá, Irineu de Souza, fundó el Banco Mauá y luego se dedicó a construir el primer ferrocarril brasileño. También invirtió dinero en la instalación del alumbrado a gas en Río de Janeiro y en la creación de una compañía naviera, cuyas embarcaciones de vapor surcarían el Amazonas.

Las inversiones británicas y estadounidenses, mayoritarias entre las extranjeras, pasaron de 53 millones de libras esterlinas en 1880 a 385 millones en 1929. La mayoría de los bancos de capital británico se fundaron en la década de 1860, al amparo de una ley británica que favorecía la creación de bancos en el extranjero. Entre 1850 y 1875, Brasil recibió casi 23.500.000 libras esterlinas en préstamos extranjeros. En esas mismas fechas, la casa de N. M. Rothschild e Hijo, en Londres, hizo préstamos sustanciales y altas inversiones al imperio brasileño. Las más importantes se destinaron a la construcción ferroviaria, destacando la Minas & Rio Railway Company y la São Paulo Railway Company, y a la construcción de infraestructura urbana y de transportes, construcción de puertos y servicios públicos como electricidad, agua, tranvías y gas.

Río de Janeiro y Minas Gerais ya intercomunicados a través del camino União- Indústria (cuya construcción había sido iniciada en 1853) era una realidad. La expansión de las telecomunicaciones se aceleró con la instalación de millares de kilómetros de líneas de telégrafo. Gracias al ferrocarril se pusieron en explotación nuevas tierras, aptas para el cultivo del café. La mejora en las comunicaciones permitió un aumento importante de las exportaciones de dicho producto, que tras desplazar al azúcar se convirtió en el principal rubro de exportación.

La “modernidad” patrocinada por la inversión extranjera y el empeño del emperador Pedro II, que mantenía contacto con los grandes inventores de su tiempo, propiciaron un desarrollo sorprendente para un país que acababa de salir de la atrasada condición de colonia portuguesa.

Con la creciente industrialización, a partir principalmente de la década de 1870, las mujeres abandonan cada vez más su condición exclusiva de amas de casa, para buscar mejor solvencia económica como asalariadas en las industrias y oficinas. Entraron así en contacto con las duras condiciones del mercado de trabajo: si los operarios de la época ya eran mal pagados, ellas recibían todavía menos. Consecuentemente, era más ventajoso emplear a mujeres que hombres, situación que conllevó a una penosa competencia entre los sexos y propició el inicio de las luchas en pro de mejores salarios y condiciones de trabajo. La mujer pasa también a reivindicar sus derechos en igualdad de condiciones con los varones.